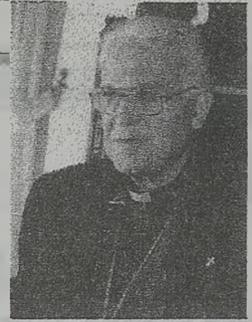


CARTA DEL SR. OBISPO

... EN LA IGLESIA (3)
(El talante de la Comunión Eclesial)



“Lo que falta es un talante de comunión que haga de todos los que formamos la parroquia una verdadera comunidad”

“La hondura de la comunión la vivimos en la unidad de la fe”

“En la Iglesia, el Señor nos regala los unos a los otros”



Queridos hermanos:
Con las cartas de este mes de septiembre quiero ayudaros a todos a preparar la *programación pastoral* del curso que ahora iniciamos. Como sabéis, quisimos centrarlo en la *participación y la responsabilidad de todos* en la Iglesia que todos formamos. Para ser operativas, esas actitudes tienen que vivirse, ante todo, en la comunidad parroquial a la que pertenecemos. Sabéis muy bien que una parroquia sin participación y responsabilidad por parte de todos, se convierte fácilmente en una especie de “agencia de servicios religiosos” a la que se recurre sólo en contados casos, cuando uno la necesita para algo. Por lo demás, para mucha gente es como si la parroquia no existiera fuera de los casos en que se “echa mano de ella”.

En el fondo de esa mala comprensión de la parroquia, lo que falta es un *talante de comunión* que haga de todos los que la formamos una *verdadera comunidad* la comunidad parroquial. En la exhortación del Papa para el nuevo milenio (que os estoy citando con frecuencia), él habla de la *espiritualidad de comunión* como algo previo a “todas las iniciativas concretas de programación”, proponiéndola como una especie de “principio educativo”, como talante y estilo, en todos los lugares de formación: parroquias, seminarios, noviciados, escuelas de agentes de pastoral, familias, comunidades...

No lo olvidemos. Cuando hablamos de “comunión” no estamos sólo frente al esfuerzo generoso de los más comprometidos en tener una parroquia viva. La *comunión* nos hace, ante todo, mirar al *misterio de la Trinidad*. Es de ahí, de “la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, de donde brota la Iglesia. La comunión, pues, no es una estrategia para nuestra acción. No se trata simplemente de “disimular” divisiones o tensiones internas, para aparecer unidos y así ser más eficaces.

Sería esa una “comunión estratégica” que nada tiene que ver con el misterio de donde procede la comunión eclesial: el misterio de la Trinidad “que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”. Sólo si somos capaces de “desvelar” el misterio de la Trinidad en los hermanos, podremos ahondar en la verdadera comunión eclesial. Sólo si para cada uno de nosotros los hermanos son “revelación” del misterio trinitario.

La *hondura de la comunión* la vivimos en la *unidad de la fe*, que nos lleva a confesar en la comunidad que formamos el *cuerpo místico de Cristo*. Miembros de un mismo y único cuerpo, del que el Señor es la cabeza, “*nos pertenecemos mutua-mente*”. Yo pertenezco a los demás, y los hermanos “me pertenecen”. Jamás puede haber indiferencia entre los hermanos en la fe. Y mucho menos hostilidad, enemistad o rivalidad de cualquier clase. “Hay que saber compartir alegrías y sufrimientos; intuir necesidades y atender necesidades: ofrecer una verdadera y profunda amistad”.

Los demás no pueden ser nunca un fardo o una carga para mí. En la Iglesia, el Señor “nos regala” los unos a los otros. Yo soy “don para los demás”; los demás lo son para mí. Incluso con nuestras deficiencias y nuestros pecados. No podemos esperar a que los demás sean perfectos para acogerlos. Lo mismo que tenemos derecho a ser acogidos por los otros, no obstante nuestros fallos y pecados. Los hermanos deben “tener siempre espacio” en nuestro corazón. Quien así se abre a la comunión, llena su corazón de nombres y de historias personales, lejos de “toda competitividad, carrerismo, desconfianzas y envidias”.

Tenemos que pedir a Dios este talante, esta *espiritualidad de comunión*. Porque sabemos por experiencia lo verdadera que es la advertencia del Papa: “no nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, en máscaras de comunión más que en sus modos de expresión y crecimiento”.

Vuestro Obispo